

DOS PALABRAS SOBRE ARTE RELIGIOSO

EN LA INAUGURACIÓN DEL MUSEO DIOCESANO DE VALENCIA

El interés que la Iglesia siempre ha tenido en defender sus bienes de todo orden pónese de manifiesto en las concretas y severas disposiciones de su legislación, que huelga recordar.

No guiada, ciertamente, por un espíritu cerrado de atesorar, sino únicamente para administrar con rectitud lo que en último término son legados píos que se le confían, fondos destinados al culto o a los pobres u objetos artísticos que llevan impreso el carácter de lo sagrado.

Sobre estos últimos, como espada de Damocles, se cierne continuamente un sino fatal.

Ni las penas eclesiásticas, ni el temor a los divinos castigos, ni siquiera el natural respeto a las cosas santas han podido frenar

el orgullo del conquistador que se ceba en la presa fácil de los templos para acumular su botín,

ni la rabia sacrílega de los profanadores,

ni la codicia del avaro

o la desmedida obsesión del coleccionista.

El patrimonio artístico de la Iglesia ha estado y está a merced de mil peligros.

¡Y si éstos fueran tan sólo de orden externo...!

Entrad en una casa de antigüedades, en muchas mansiones señoriales, en cualquier museo.

Allí veréis *imágenes*, que un día simbolizaban la piedad de un pueblo, adornando un zaguán o el rellano de una escalera;

relicarios hasta con sus reliquias, vasos sagrados, ostensorios, etc., alineados en vitrinas o en escaparates junto a mil caprichos pasados de moda;

pergaminos recortados de libros corales, *fragmentos* de vetustos ornamentos, espléndidos *retablos* mutilados, decorando una pantalla de luz, sobre la mesa de un frívolo gabinete, o rompiendo la monotonía de un salón.

Intimid con los irresponsables especuladores del arte religioso y os harán de memoria un curioso y detallado inventario de tal parroquia o convento... de Aragón o de Castilla. No digamos de la propia Valencia.

Si engolfados en su negocio no han perdido todavía el respeto a lo sagrado, aún aconsejarán —por lo menos así lo afirman— a párrocos incautos o monjas inocentonas que no vendan...; o si se empeñan en desprenderse de tal lienzo, de un retablo, de cierta casulla vieja y raída, para con su importe pavimentar una capilla, comprar una imagen o remediar una necesidad perentoria, les ad-

vierten caritativamente de su valor extraordinario y de la conveniencia de asesorarse antes de un perito.

Ni aun así. Ante la presión de otro comprador "compasivo" o de toda una red de anticuarios, agentes bien pagados al servicio de centros del extranjero, y la tentación de la oferta, se formalizan contratos ante la ley eclesiástica inválidos, que determinan el éxodo de multitud de cosas sagradas que, dejando oro en las manos de los intermediarios, viajan de incógnito hasta ocupar, en la sala X de tal museo de Norteamérica o de Inglaterra, un sitio de honor junto a una cartela que reza

*Doménico Theotocópuli, el Greco,
Códice miniado del siglo xiv,
Pluvial historiado del siglo xv,*

con una apostilla en el catálogo: Adquirido en España en 1958.

No fantaseo.

Hace pocos meses emigraban de un pueblo, cuyo nombre callo —no pude averiguar la procedencia concreta—, unos buenos cuadros, que se pagaron bien, atribuidos a Ribalta o a su escuela.

De cierta parroquia de la Diócesis salieron furtivamente otras pinturas mal pagadas, que fueron a parar a manos de un sacerdote.

De otra, cerámica con reflejos metálicos —hoy codiciadísima— encontrada cuando se levantaba el nuevo templo.

De cierto monasterio procede una pieza del siglo xv que es la mejor de un Museo Nacional.

Y anoche, sin ir más lejos, oía cómo en los momentos actuales los traficantes del arte están haciendo presa fácil y muy lucrativa en las iglesias de Aragón, de donde están surtiendo el mercado de antigüedades con imágenes románicas de la Virgen.

En estos casos el arte, en cierto modo patrimonio de la cultura universal, aún se ha salvado.

¿Y cuándo se ven tablas de primitivos, aserradas para servir de puertas de armarios o pedestales de imágenes?

¿O se liquidan al fuego lo que se creen meros desechos de ornamentos viejos, sin reparar en los valiosos bordados renacentistas, o se sustituyen éstos por franjas adamascadas para modernizarlos?

PREOCUPACION DE LA IGLESIA

Se comprende la preocupación con que desde los primeros tiempos hasta nuestros días la Iglesia ha tratado este problema hasta haber creado todo un cuerpo de leyes para la conservación y defensa de su patrimonio artístico, sintiéndose más que nada depositaria de un acervo sagrado, donde palpita la devoción y la cultura de otros tiempos.

Bastaría recordar, a título de ejemplo, *las disposiciones de los Papas*, por ejemplo de San Urbano I, en el siglo III; León IX, en el XI; Paulo II en su Constitución "Ambitiosae", de 1469, que renovó Pío IX; *los Decretos de Concilios Ecuménicos*, como el IV de Constantinopla, en el 869; *de muchísimos*

Provinciales, entre los que merece atención el celebrado en Valencia en el siglo VI, y el último Valentino de 1889, y el de tantos *Sínodos Diocesanos*.

Todo lo cual vino a tener vigor estable y universal al ser recopilado en el *Corpus Iuris*, en las *Decretales* y recientemente en el *Código de Derecho Canónico*, que dedica no menos de nueve cánones a esta materia (534, 1.281, 1.497, 1.530 a 1534 y 2.347).

Al azar hemos tropezado con circulares angustiosas de la Nunciatura Apostólica de 1911 y 1914, excitando el celo de los obispos en la conservación del



Retablo de Santos Dionis y Margarita. Del Maestro de Cabanyes

caudal artístico que poseía la Iglesia española. Y en otra, de 1922, daba la alarma el Legado del Papa ante el peligro que significaba para la Iglesia y los intereses culturales de la nación la acción inminente de un *trust* de anticuarios extranjeros bien organizado y con objetivos muy concretos.

No es que la Iglesia quiera impedir la venta, sino sólo interponer su autoridad, dado el carácter sagrado de las cosas venales, creando una conciencia colectiva de responsabilidad y estima hacia el arte religioso, para evitar los fraudes y orientar a los depositarios o administradores de las mismas, de modo

que el lucro justo y cabal ceda en beneficio de sus Instituciones, los objetos se restituyan a su fin específico, aun cambiando de dueño, o, en último término, vayan a manos de dignos poseedores.

LA IGLESIA Y LOS MUSEOS

Otro de los remedios —éste indirecto, pero muy eficaz— que de antiguo ha fomentado la Iglesia ha sido la creación de los llamados museos, haciéndose acreedora a la gratitud más honda por su protección constante a las artes.

No sólo ha sublimado los frutos más nobles de la humana inspiración al dedicarlos al culto divino, con lo que adquieren carácter sacro, sino que en tiempos difíciles, en las mil catástrofes de la historia y siempre, todo producto del genio humano, aun los de mero signo cultural profano (también destello de la divina sabiduría) encontraron asilo en los monasterios y en las catedrales, en las curias episcopales y en la Santa Sede.

Ciñéndonos a nuestro objeto, podemos afirmar que tanto los museos arqueológicos como los de bellas artes, en su más amplia acepción, deben mucho, muchísimo, a la iniciativa de la Iglesia, especialmente a la acción personal de los papas, sobre cuyos hombros gravitaba una herencia colosal, la del Imperio venido a menos, cuya civilización y obra cultural amenazaban perderse totalmente.

El cansancio ante la exuberancia del estilo ojival, que señalaba con el apogeo su propia decadencia —si bien nunca logró enraizarse en el espíritu romano—, y la contemplación de los monumentos de la Roma imperial, imponentes dentro de su desgracia, determinaron en el siglo xv el Renacimiento del estilo grecorromano, así como el Humanismo reavivaba el amor a las letras clásicas.

Durante el Renacimiento hubo tal aprecio de la antigüedad, que papas y príncipes, cardenales y familias de la nobleza convirtieron sus palacios en verdaderos museos arqueológicos con los hallazgos de numerosas excavaciones, de modo que Roma, la ciudad papal, volvió a asumir la capitalidad artística de Italia y, por tanto, del Occidente en el siglo xvi.

Sixto IV reúne en el Capitolio, en 1471, una de las más famosas colecciones de bronce, que regala al pueblo romano.

Julio II, su sobrino, recoge hacia 1510, en el palacio del Belvedere, hoy integrado en los Museos Vaticanos, infinidad de esculturas, algunas de mérito excepcional, como el Apolo, el grupo impresionante del Laocoonte, el célebre Torso...

Lote que fue enriquecido especialmente por la munificencia de sus sucesores inmediatos: León X, Clemente VII y Paulo III.

Otras galerías de arte hoy subsistentes deben su origen al mecenazgo de familias de pontífices y cardenales.

Desde el comienzo de la edad barroca, estos conjuntos de mármoles y bronce clásicos admiten también pinturas de contemporáneos, como sucedió en el Vaticano, en el Capitolio y en varias colecciones particulares: Barberini, Borghese, Colonna, Ludovisi, Pamphili, Rospigliosi, Spada, etc.

El siglo XVIII deja sentir la influencia de la Ilustración en los museos, que en el siguiente y el actual alcanzan un desarrollo notable.

Los museos logran constituirse en instituciones culturales independientes, como cualquier universidad o academia.

Son ya un organismo vivo con una misión social docente: la de educar a la clase culta y de fomentar la inspiración en los artistas —formados muchos en la Academia— y en quienes su profesión arguya un sentido de la estética.



Tabla de San Miguel pesando las almas. De Rodrigo de Osona, padre; con la colaboración de su hijo

Se incrementaron y ordenaron los fondos de los mejores museos del mundo, que pasan definitivamente a edificios construidos o adaptados *ad hoc*, donde junto a las salas de exposición, se disponen gabinetes de estudio y de trabajo, salones de conferencias, oficinas de administración y escuelas y talleres de restauración.

Unos museos tendrán carácter general, otros se limitarán a una época, a un autor, a determinados ramos del Arte o a ilustrar un hecho histórico excepcional. Con ello adquiriría rango de ciencia la Museología.

Por no rebasar los límites previstos, baste recordar, en lo que a las colecciones vaticanas se refiere, que del año 1755 data el museo cristiano; del 1765 el

profano; y la primera pinacoteca, de las postrimerías de aquel siglo. Los primeros años del siglo XIX conocieron la erección de los Museos Gregorianos Etrusco (1836) y Egipcio (1839), en el Vaticano; y el Museo Lateranense en sus dos secciones: profana (1843) y cristiana (1854).

Las exploraciones de las catacumbas bajo el pontificado de Pío IX enriquecieron ambos museos, y Pío XI, finalmente, levantó la nueva Pinacoteca Vaticana y creó el Museo Misional Etnológico en Letrán.

Estos templos del arte desde el siglo XVIII no son ya exclusivos de ciertas clases privilegiadas y van abriendo sus puertas a los estudiosos y también al pueblo, promoviendo por doquier una floración de museos, desde los nacionales—que en la mayoría de los casos constituyen una selectísima, pero abrumadora antología de carácter internacional— hasta los locales y particulares, a cuyo amparo se han salvado, por de pronto, de la dispersión varias colecciones privadas, y en el siglo XIX fueron el sagrado adonde se acogieron inmensos tesoros artísticos y religiosos que las revoluciones, y en España, además, la Desamortización, hubieran aniquilado inexorablemente.

Mas no ocultemos el reverso de la medalla: la ambición insana de enriquecer los fondos nacionales a costa de los reinos vencidos o por otras causas, como ocurrió en las guerras napoleónicas y en tantos tratados de paz se establece.

Hoy no existe gran ciudad ni corporación de cierto abolengo histórico que no tenga sus museos; ni Estado que no se gloríe de tal institución cultural de primer orden.

Hago gracia de su enumeración a quienes de sobra los conocen.

LOS PRELADOS VALENTINOS Y EL ARTE

Algunas colecciones

No hace muchos años, la diócesis valentina se gloriaba justamente de poseer un caudal artístico ingente y de calidad.

Hoy, por desgracia, no. La tea revolucionaria pudo cebarse con impunidad en sus víctimas insignes.

¿Para qué traer a la memoria fechas, lugares, nombres?

Que las generaciones venideras cancelen este capítulo doloroso de nuestra historia y nos culpen de indolentes por no haber querido fijar en estadísticas lo que había y cuánto quedó.

¿Para qué aventar sombras vanas que no podemos devolver a la realidad?

Baste decir que muchas iglesias encerraban interesantes colecciones y que en no pocas las sacristías y dependencias eran verdaderos museos: Játiva, Gandía, Algemesí... Santos Juanes, San Esteban, San Nicolás, San Martín...

El Aula Capitiular nueva de la Catedral era un joyel.

Providencialmente, se ha salvado íntegro el conjunto singular de El Patriarca, del que una parte notable se ha reunido en el museo recientemente inaugurado.

Otro se va organizando en la Catedral con los restos conservados y restaurados y la custodia monumental, que es el pasmo de cuantos nos visitan.

No todo se ha perdido...

Pero vengamos a nuestro Museo Diocesano.

El Museo de Antigüedades de los Arzobispos Mayoral y Fabián y Fuero

Siguiendo la corriente de la época y el ejemplo de los papas, el arzobispo don Andrés Mayoral, aquel gran mecenas a quien tanto deben las letras y las artes valencianas del siglo XVIII, dio su impulso inicial al Museo Diocesano Valentino.

Había creado ya en 1761, en su palacio, un museo y favorecido notablemente la biblioteca, comenzada a principios del siglo por su antecesor, Fray Antonio Folch de Cardona, cuando tuvo noticia de los hallazgos arqueológicos que años atrás, en 1745, realizara Mosén Antonio Palau, vicario de San Nicolás,



LA SALA I.—Primitivos y tallas de época

de Valencia, en su finca llamada *El Villar* o *Montanyeret*, cerca del Puig de Santa María, un día lujosa villa romana de los consortes Publio Cecilio Rufo y Valeria, como atestiguaba una lápida conmemorativa.

Los objetos encontrados fueron seis torsos de mármol con algunos fragmentos y dos odres.

En 1765 logró adquirirlos el Prelado y se le permitió continuar las excavaciones, que prosiguió en 1777, con éxito, su sucesor, don Francisco Fabián y Fuero, descubriendo muchas cabezas, inscripciones fragmentadas, estatuas, bajorrelieves, monedas, mosaicos, barros saguntinos y otras preciosidades, que en parte acrecieron la mencionada colección instalada en la Biblioteca Arzobispal.

Todo desapareció con la invasión francesa: la Biblioteca, en el horroroso bombardeo a que Suchet sometió nuestra ciudad los días 7 y 8 de enero

de 1812, y el llamado Museo de Antigüedades, en el saqueo y despojo sistemático subsiguientes.

Nada conoceríamos de su contenido a no ser por las referencias de Laborde, Albertin, el Príncipe Pío, Chabás y Tramoyeres, y los tres pavimentos teselados que por el año 1922 descubrió en el antiguo palacio el hoy canónigo de Toledo, don Francisco Vidal.

La Biblioteca fue reorganizada en 1833 por el prelado don Simón López, llegando a contar quince mil volúmenes. No así el Museo, en cuya historia se abrió un paréntesis secular.

El Museo Arqueológico Diocesano del cardenal Reig

En 1920 toma posesión de la Sede valentina nuestro inolvidable compatriota el cardenal Reig y Casanova.



SALA V.—Conjunto barroco

En su inmediata visita pastoral sintió herida su alma al contemplar no pocos objetos venerandos amontonados en trasterías y desvanes: imágenes un día populares, retablos góticos en peligro de desaparecer sustituidos por otros modernos y objetos de culto expuestos a la codicia de los anticuarios.

Y el prelado, devoto del arte y de la historia valentina, como realizara en 1916 durante su pontificado de Barcelona, concibió también la idea de fundar aquí el Museo Arqueológico Diocesano, consiguiendo reunir en pocos meses 129 obras de calidad procedentes de la catedral, parroquias, conventos, donaciones de particulares y de su misma propiedad, inaugurándolo solemnemente

en su propio palacio con una brillante intervención del senador y crítico de arte, don Elías Tormo.

Esta vez fueron las hordas revolucionarias quienes profanaron, en 1936, este acervo artístico-religioso de la Diócesis al destruir el palacio arzobispal, del que apenas dejaron rastro.

El Museo Diocesano actual

Pero la fortuna no fue tan adversa para con el Museo.

Después de aquella odisea, aún se ha salvado lo que hoy podéis contemplar merced al empeño y mecenazgo de nuestro venerable Prelado, que, preocupado desde hace años por estas reliquias que nos hablan tan alto de la piedad y del arte de nuestros antepasados, tendrá hoy el consuelo de verlas expuestas lo más dignamente posible.

Se han reunido los diferentes fondos que después de la guerra se depositaron en el nuevo palacio arzobispal y en San Juan del Hospital, y además un buen lote de lienzos, quizás del taller de Orrente, obsequio del señor Arzobispo.

Las obras —no todas, debido a su estado— se han expuesto restauradas unas, otras con la impronta de la mano o del fuego sacrílego, en espera de ser devueltas a su estado primitivo.

No canso más vuestra benévola atención, para que podáis contemplar de nuevo retablos e imágenes, lienzos y objetos tan familiares a algunos de los presentes, que con cariño y pasión estudiaron don Elías Tormo, Sanchis Sivera y otros, y hoy día siguen ocupando la atención de eminentes eruditos como Post, Saralegui, Aguilera, etc.

Entre ellos fácilmente descubriréis la interesante colección a que acabo de aludir.

Y para obviar preguntas muy lógicas a la vista de pinturas y demás objetos con las huellas patentes de su destrucción o deterioro, pero que en algún sector de la obra parece se animan, como renaciendo de entre las cenizas, conviene advertir lo que pueden beneficiar a tantas obras de nuestro tesoro sagrado, que se juzgarán por pérdidas, la pericia y los medios de la técnica actual al servicio de una restauración inteligente. En este caso, la de nuestro colaborador entusiasta y abnegado, don Ernesto Campos, funcionario del Museo Provincial de Bellas Artes.

Gracias al desvelo de nuestro excelentísimo Prelado, a la confianza de nuestro clero y al apoyo de las entidades culturales que honran a Valencia —madre y mecenas de artistas—, el Museo Diocesano es y ha de ser:

- puerto de salvación de tantas joyas sagradas,
- laboratorio de restauración,
- escuela del arte religioso,
- foco de irradiación cultural en este ámbito tan nuestro
- y un vínculo más en la gloriosa historia del Arte valenciano.

Vicente Castell

CONSERVADOR DEL MUSEO DIOCESANO